



Cuento IV

Obra: *Less 16*. Dir. Sebastián Uribe Tobón. 2022. Foto. Daniela Mesa - Paparazzi Teatral

Ellos

Rosa Claudia Guerrero Ramírez¹



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Licenciada en Ciencias Sociales con especialidad en Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima). Aficionada a la lectura y escritura.

Resumen

Una alumna de una escuela secundaria va contando lo que observa de sus compañeros y otros viajeros en un bus camino a un viaje escolar. A medio camino es sorprendida por un suceso extraño que envuelve a sus compañeros.

Huele a flores, comentó Azucena con cara de espanto, deteniéndose de pronto a mitad de la calle. Observé las hojas secas en la acera gastada antes de verla inclinarse hacia mí para hablarme en secreto. La blusa que traía puesta se le subió, mostrando un pedazo de su piel morena. Es muerte segura, me dijo en un susurro con sus delgadas cejas alzadas y sus ojos saltones. La incredulidad debió notármese en la cara porque apretó sus labios y me miró con severidad antes de seguir su camino.

El bus iba al tope, aunque no era sólo por nosotros. En los primeros asientos iba una familia de nueve miembros y un perro anciano, que iba escondido en el sétimo asiento, junto a una mujer de vestido floreado que de tanto en tanto volteaba a mirarnos a todos, vigilándonos. Detrás de la familia, iba un grupo de cinco trabajadores de la mina *Quellaveco* que desde que había subido no paraba de insistirle a la terramoza que pusiera la película de una buena vez.

Nuestros asientos empezaban detrás de los de ellos. El número quince, era el de Mariela, cuyo moño en la cabeza se veía desde mi lugar; ese moño orgulloso de ser castaño y no negro. Tres filas más atrás, en el asiento veintiuno estaba Raúl, hablándole insistente a un ausente Leonel, que no hacía más que leer un manga mal fotocopiado. El último de nuestros asientos era el cuarenta y dos, ocupado por el profesor Sarmiento que, con un periódico enrollado bajo el brazo, destapaba una botella de *Coca Cola* sin ponerle atención a nadie. Yo iba en el treinta y nueve, junto a Azucena, que con el espanto todavía en la cara, observaba por la ventana la calle detenida.

Cuando el bus por fin se movió pegué mi espalda al espaldar del asiento y al cerrar mis ojos, como una foto en el fondo de ellos, los vi. Impresos en una de

sus usuales mañanas ruidosas. Mi pequeño hermano le hablaba a una esquina de la casa y mis padres desordenados hablaban, comían, ladraban. Sobresaltada, abrí mis ojos, y vi a Azucena apretar con fuerza el cinturón de su asiento. Sólo fue un bache, dije tomando su mano para tranquilizarla. Tragando el susto repentino aún contenido en mi garganta.

Dos horas después, las sombras de la noche envolvieron al bus cuando la terramoza, luego de recoger los restos de la cena, apagó las luces. Como si la bebida hubiera tenido un somnífero, cada uno de los ocupantes fue cayendo dormido. Reí para mis adentros cuando oí los ronquidos de Manuel, que con el cuerpo casi en el pasillo, se tambaleaba en sincronía con el movimiento del vehículo. Sí, el mismo Manuel egocéntrico que había respondido con las palabras ‘cara de perro’, la carta de amor de Azucena.

De pronto, el sonido del andar de unos zapatos de tacón me hizo desviar la mirada hacia atrás. Reconocí su cabello canoso y ensortijado al instante. No sentí miedo. Estaba igual que siempre, sólo que esta vez traía en las manos una taza de latón blanco, que contenía algo que no reconocí. Me incliné hacia ella, sonriéndole también. Vamos, me dijo cuando estuvo a mi lado. Desabroché mi cinturón de inmediato y al salir de mi asiento es que recién noté que el bus se había detenido.

Seguí a mi abuela a lo largo del angosto pasillo. Todos dormían excepto el perro quien, envuelto en la casaca gris de su dueña, nos miró pasar. Ni siquiera ladró, quizás por vejez o tal vez porque estaba resignado. La oscuridad, más terrible afuera que adentro nos tragó enteras y tanteando mis pisadas en el pavimento, me pegué a ella.

Sólo camina con cuidado, advirtió una vez afuera y con su rostro inexpresivo levantó su brazo, señalando hacia el otro lado del camino. No pude emitir ningún sonido cuando con sorpresa vi el edificio de mi escuela en ruinas. Bloques de ladrillos, unos sobre otros, pedazos de maderas teñidas de verde que antes fueron carpetas sobresalían entre ellas, hice el ademán de dar un paso con el fin de acercarme cuando ella me detuvo. Cuidado donde pisas, me dijo antes de soltarme. Le hice caso, lentamente me fui acercando y me detuve estupefacta cuando entre las maderas y ladrillos noté lo que parecía ser un pantalón de uniforme: era Manuel, apretado entre las rocas, su reloj marcaba las 2:14 minutos de la mañana. Sobresaltada recorrí el resto del lugar con mi mirada. A lo lejos, el moño de Mariela castaño e intacto se mezclaba aún orgulloso entre los restos de madera. Y más allá vi a Azucena, cuyos ojos de espanto no llegaron a la puerta.